



Prohibido entrar



Colección **Planeta Verde**

© del texto, Francisca Solar, 2019

© Fotografía de portada: Shutterstock

© Editorial Planeta Chilena S.A., 2019

Av. Andrés Bello 2115, piso 8,
Providencia, Santiago de Chile.

www.planetalector.cl

www.planetadelibros.cl

Primera edición | diciembre 2019

ISBN | 978-956-6038-11-5

Registro: A-303619

Impreso en Chile / Printed in Chile

Diseño de colección:

María de los Ángeles Vargas T.

Diagramación:

Ricardo Alarcón Klaussen

Ninguna parte de esta publicación,
incluido el diseño de la portada, puede
ser reproducida, almacenada o
transmitida en manera alguna ni por
ningún medio, sin permiso previo por
escrito del editor.

**El libro original protege el trabajo del
autor, diseñador y del equipo
editorial. Comprar el original es
respetar ese trabajo. No fomentes el
delito de la piratería.**

Prohibido entrar

Francisca Solar

 **Planetalector**
Literatura Infantil y Juvenil

*A mi sobrino y ahijado
que aún no sabe leer.
Desde que decidió
venir a este mundo,
ya es un héroe.*

Basado en un hecho real.

necesario, pues a nadie le interesaría robar algo así. Era una rutina sencilla que hacía despertar su cerebro, sobre todo cuando en la noche anterior se había quedado hasta tarde jugando *Fortnite* escondido en el clóset. No solía hacerlo, sabía que los martes debía llegar más lúcido que nunca o perdería fácilmente... Y eso era justo lo que estaba sucediendo. Santiago Navarro, un chico tres años menor que él, había dicho «¡jaque» tras su último movimiento y no escondió su sonrisa de satisfacción al apretar el botón del reloj.

Mateo suspiró, resignado. Se lo merecía, pero no le afectó demasiado. Seguía sin concentrarse en el juego, o más bien, concentrado en otra cosa. Tenía la mirada fija en la puerta abierta. A través de ella atisbaba el gélido pasillo de baldosas azules —llamado «el pasillo maldito»— y la puerta de la sala de enfrente. Era un laboratorio de ciencias, siempre cerrado. Siempre. Sin excepción. Desde la mesa número dos podía ver el latón oxidado que decía «Prohibido entrar». Por eso había elegido sentarse ahí, todos los martes y viernes. Para observar.

Nadie lo sabía, pero la razón principal por la que había postulado para ingresar al club de ajedrez fue el famoso laboratorio. Ese lugar le producía una gran curiosidad desde sus primeros años en el instituto, ya que ningún profesor quería impartir su clase en alguna sala del «pasillo maldito», nombrado así justamente por ser el camino hacia el laboratorio misterioso. Mateo nunca había tenido una buena excusa para acercarse más, hasta ahora. Según un e-mail que recibieron todos los alumnos durante el verano,



desde este año el nuevo taller extraprogramático de ajedrez se realizaría en ese polémico sector del colegio. ¡Era su mejor oportunidad! Se inscribió el primer día de clases, hasta se ofreció como encargado ante el señor Hernández, el profesor del taller, pero cuando le preguntó por qué había elegido esa sala en particular frente al laboratorio, el sujeto se encogió de hombros. Era nuevo en el instituto, así que alguien de la administración se la había asignado. Convenientemente, el resto de los profesores seguro había olvidado hablarle del «asunto», pensó Mateo. Fue una decepción para él, pues se había ilusionado con obtener información a través de un adulto competente, pero al menos seguía contento con su decisión de integrar el taller. La cercanía física con el lugar de los hechos era lo más atractivo de todo.



Le gustaba la idea de no levantar sospechas. Sus padres estaban orgullosos de que eligiera el ajedrez como pasatiempo y sus amigos le confesaron cierta admiración al saberlo. Era un plan perfecto. Desde ahí podía observar, pensar y teorizar tranquilo, sin que lo molestaran o tildaran de loco, para escribir luego sus ideas en la parte de atrás de su cuaderno de matemáticas. Su mamá nunca revisaría ahí. A nadie, en realidad, se le ocurriría buscar algo interesante en esas hojas cuadriculadas.



La versión oficial del misterio decía que unos cuarenta años atrás se produjo una fuga de gas que causó una explosión en el laboratorio y lo dejó inutilizable, y como la administración no tenía suficiente dinero, no se pudo arreglar. Era una historia creíble, pero no tanto. En todo ese

tiempo el instituto había experimentado muchas mejoras, como una nueva pista de atletismo, la ampliación del co-medor principal, computadores de última generación para la biblioteca y hasta baños nuevos junto a la sala de profesores. Dinero había. Para peor, el director no se esforzaba en esconder sus ganancias y cada temporada cambiaba su auto por uno más lujoso. Los apoderados chismoseaban en voz baja pero nadie alegaba en las reuniones porque, al fin y al cabo, los niños estaban bien. En apariencia, el colegio proveía todo lo necesario y se modernizaba acorde a la era globalizada. No había mucho por qué quejarse. A nadie le interesaba protestar por el abandono de un simple laboratorio de ciencias.

A nadie, salvo a Mateo.

La versión oficial solo la repetían los más viejos y había otras versiones más interesantes de escuchar. Mateo recopiló en su mente todo lo que había oído sobre el tema, y durante el verano hizo una selección de sus leyendas favoritas, prometiéndose averiguar más apenas entrara a clases. Tenía que reconocer que la imaginación de algunos alumnos era alucinante: que un monstruo vivía en las cañerías de agua y que por eso se escuchaban ruidos extraños; que un experimento había salido mal y que en el aire del laboratorio había una toxina mortal; o que un profesor había sido obligado a renunciar y, como represalia, había esparcido ácido en las mesas de trabajo, provocando quemaduras graves a muchos estudiantes. Las historias eran muchas, tan añejas como el letrero que prohibía el acceso. Las generaciones antiguas y nuevas no se ponían de acuer-

do en qué creer, pero tampoco parecía que quisieran estar-lo. Solo coincidían en el miedo. Incluso se había convertido en una tradición que seguían los alumnos antes de egresar: el último día de clases debían forzar la entrada al laboratorio y quedarse al menos un minuto ahí adentro. La mayoría esquivaba el reto o lo cambiaba por otro, y solo unos pocos decían haberlo intentado, pero que la puerta estaba fuertemente sellada con algún pegamento industrial o cemento. Ninguno lograba entrar. Nunca.

Lo que sea que había obligado el cierre de ese laboratorio por varias décadas debía ser algo espantoso, espeluznante, o no habría tenido el poder de mantener a los estudiantes a raya u obligar a los profesores a usar las salas del segundo piso para las clases de Química. Asustaba a los adultos aunque intentaran disimularlo, y para Mateo ese detalle era lo más interesante de todo, porque preferían dejar correr los rumores en lugar de acallarlos, y en ese contexto, seguir alimentando hasta las más absurdas leyendas era una entretención necesaria, casi obligatoria para cualquier alumno del instituto Newton S. Ander.

Pero una de esas leyendas era la preferida de Mateo.

Una sobre un adolescente muerto.

Un escueto apartado del periódico local, con fecha 3 de noviembre de 1975, era la única y ya conocida pista que tenía. Todos sabían de ese trozo de papel que un día apareció pegado en la puerta del gimnasio. Desapareció pronto, pero alguien alcanzó a tomarle una foto y la imagen se compartió en cada grupo de WhatsApp del instituto. Era

un recorte de la sección de obituarios que confirmaba que Pablo Zevallo Cadach había fallecido a la edad de dieciséis años y, en una breve nota adjunta, se mencionaba que había sido producto de un simple «accidente escolar». Sus padres vivían —y viven aún— a pocas cuadras del instituto. Eran bien conocidos en la comunidad, empresarios influyentes y generalmente envueltos en actividades de beneficencia. Pablo era su único hijo. Desde el día de su muerte la madre se alejó de la vista pública y algunos dicen que la tristeza la llevó a la locura, pues a veces se la veía dando vueltas por la plaza con la mirada perdida, como si estuviese sedada, acompañada de una o dos enfermeras. El padre perdió muchos negocios tras malas decisiones impulsadas por la depresión y también se recluyó. Mateo no podía imaginar algo más triste que el ataúd de un niño.

«Fue un lamentable ataque de asma», explicaba la profesora Medina a los curiosos que a veces preguntaban, aunque ella llegó al colegio mucho después del supuesto accidente. «Un golpe en la cabeza en un partido de fútbol», decía el entrenador Luengo, pero él no lo presenció, sino que alguien le había contado. Ya no quedaba ningún profesor de esa época que hubiese sido testigo directo. Otros profesores simplemente se encogían de hombros o cambiaban el tema. El propio padre de Mateo era exalumno del instituto, pero aseguraba no recordar nada sobre un incidente así. La predecible actitud evasiva de los adultos no habría sido importante salvo por un detalle: sobre la muerte de Pablo Zevallo no había nada claro. Ninguna autoridad dijo nunca a los alumnos qué había ocurrido

realmente, así que algunos escogieron por sí solos la explicación que mejor les pareció: por coincidencia de época, el laboratorio clausurado y el adolescente muerto debían estar relacionados. El problema es que nadie sabía exactamente cómo ni por qué, y en el fondo, preferían no saberlo.

Esa supuesta leyenda no asustaba a Mateo como asustaría a cualquier otro adolescente, y quería aprovechar esa ventaja. Su curiosidad podía más que los nervios. Estaba acostumbrado a las películas de misterio o terror porque su madrina Fran, hermana de su madre, lo llevaba al cine desde pequeño a ver esos estrenos. Además, solía relatarle las más increíbles historias, como esa vez que soñó con el rostro de un hombre y al día siguiente lo vio en la calle; cuando vio un OVNI en un paseo a la playa o cuando era niña y en su casa habitaba el espíritu de Claudia, una chica que antes vivió ahí y murió de cáncer a los veinte años. Cuando los padres de Claudia no la visitaban en el cementerio los domingos, ella deambulaba por la casa. «Apenas escuchábamos pasos o cosas que se movían, tu abuela, tu mamá y yo le hablábamos a Claudia, al aire», le había contado la tía Fran a Mateo días antes, cuando recordaban anécdotas de la abuela Dinora —o Momó, como todos le decían— en la recepción después de su funeral. «Con voz muy calma y dulce, le decíamos a Claudia que no se preocupara, pues seguro sus padres irían pronto a verla. Unos minutos después se acababan los ruidos. Así entendimos que muchas veces los fantasmas no quieren asustarte o hacerte daño, sino simplemente se sienten solos o algo les impide descansar.»



Mateo se quedó pensando en eso por varios días mientras intentaba esconder su tristeza, ya que su mamá estaba muy afectada y él no quería robar protagonismo. Las historias de su madrina lo distraían lo suficiente y ella tenía razón: no era usual encontrar una película o una se-rie de televisión donde aparecieran fantasmas contentos. Siempre estaban con caras pálidas y lánguidas, gritando y lamentándose, así que quizás no existían los fantasmas felices. Tenía sentido que fuesen almas que sufrían, que estaban perdidas, porque las almas tranquilas no tienen necesidad de molestar a nadie. Él también sufriría si no pudiese «descansar» y se quedase estancado en la casa de su infancia por toda la eternidad. Movería puertas y cuadros de puro aburrimiento, aunque eso asustara a otros.



Habían transcurrido casi dos semanas desde la muerte de la Momó, pero nadie había escuchado ruidos raros ni visto sombras peculiares ni puertas que se abrieran de repente. Ella había pasado el último año viviendo ahí, en la habitación contigua a la de Mateo, batallando la guerra invisible del cáncer siempre serena, porque decía que tenía más curiosidad por el más allá que miedo de morir. Nunca dejó de sonreír y a su nieto le dejaba galletas de limón bajo la almohada desde que era chico. Hasta cantaba en la ducha. Pero ahora solo había silencio en el pasillo. Algunas noches Mateo la llamaba, bajito, a ver si jugaba a responderle en un susurro como lo hacía cuando todos en la casa estaban dormidos. Pero nada. ¿Será que murió contenta, satisfecha con todo lo que hizo en su vida, sin arrepentimientos?



Aún sentado en la mesa número dos del taller de ajedrez, Mateo respiró hondo. Miró las letras negras del «Prohibido entrar» y frunció el ceño. «¿Habrá un chico solo y triste ahí adentro?», se preguntó. Hacía mucho tiempo que quería tomar la advertencia de ese letrero co-mo una invitación.

El timbre de cambio de hora lo hizo saltar. Sonó fuerte, tanto como el arrastre de las sillas en la sala y las conversaciones repentinas a viva voz. Todos se levantaron. Mateo pestañeó, regresó la vista al tablero que tenía en frente y vio que la partida había terminado en «jaque».

—Buen juego, Santiago —dijo el señor Hernández desde una esquina, mirando hacia la mesa por sobre sus lentes negros de marcos gruesos. Pero entonces, cambió la mirada—. No puedo decir lo mismo de tu juego, Mateo —le dijo en tono de reprimenda, moviendo levemente la cabeza.

Santiago Navarro se levantó con un gesto molesto y salió de la sala sin despedirse. Había ganado, sí, pero a un jugador distraído, y eso era un triunfo mediocre. Mateo sabía que en la próxima sesión tendría que disculparse con él.

—Mateo Sidgman —lo llamó una voz aguda. Dos chicas lo miraban sonrientes desde el umbral, una de ellas con una llamativa bufanda roja y las manos en las caderas—. ¿Vas a dejar que te cantemos «Cumpleaños feliz» o qué?

Mateo les sonrió de vuelta. Constanza Ríos hablaba como su mamá. Como las mamás de todos.

—¿Puedo decir que no? —preguntó, recogiendo su mochila.

«No puedes. Te perseguiremos por todo el colegio si te niegas», se escuchó de pronto. La segunda chica, Luisa «Lula» Garrido, había tecleado velozmente en su *smartphone* para que una aplicación de lectura automatizada se expresara en su lugar, como siempre. Era una voz dulce, aunque robótica, como la de las grabaciones telefónicas que dicen «Su llamada es importante para nosotros. Por favor, no cuelgue...». Era la única de su curso que tenía permitido utilizar un teléfono inteligente en horario de clases, y el suyo era especial, con un teclado físico de diseño ergonómico.

Luisa no podía hablar. La malformación en sus cuerdas vocales era incurable, pero eso no impidió que se convirtiera en una chica muy popular, no tanto por su discapacidad sensorial sino por su admirable destreza manual para teclear a la velocidad de la luz. Ah, y por conocer casi todas las palabras del diccionario. Era la más astuta del grupo, y en eso pensaba mientras le sonreía a Mateo con sus grandes ojos azules e impecables dientes blancos, encantada de sostener su reciente amenaza si era necesario.

—*Okey, okey*. Después de almuerzo, en la fuente del patio de los almendros —se resignó él.

—Y comerás la torta que te traje —dijo Cony, arreglando su largo pelo castaño.

—¿De frambuesa?

—¿Cómo sabes? —se indignó ella. Odiaba que le echaran a perder las sorpresas.

—Gus me dijo, porque quiere que le deje un trozo.

Gustavo, «Gus» de cariño, y mellizo de Cony, era el mejor amigo de Mateo. Gus no era bueno guardando los secretos de nadie, menos si eran de su hermana. Durante el día iba a estar entrenando con el equipo de básquetbol, pues pronto tendrían un partido importante y sabía que Cony no lo esperaba para repartir lo que había cocinado, así que optó por revelar la sorpresa a favor de su estómago.

—Le dejaremos una esquina de crema salivada, por hablador —dijo la voz del celular de Lula, y sus amigos se echaron a reír.

Entonces, de pronto sonó el *clang, clang, clang* de la campana principal. Se callaron y subieron la mirada. Ese sonido era un llamado inusual y siempre significaba que todos los alumnos debían dejar sus mochilas en sus salas e ir inmediatamente al gran patio central, donde se realizaban las celebraciones o ceremonias oficiales durante el año.

Casi lo habían olvidado: el instituto Newton S. Ander estaba de aniversario.

Las chicas comenzaron a caminar rápido por el pasillo, pero Mateo se detuvo un segundo más en el umbral.

Ser el encargado de la sala de ajedrez tenía sus beneficios, pero también responsabilidades. Aseguró la puerta luego de cerciorarse de que se habían ido todos, aunque no ordenó las sillas y olvidó correr las cortinas. Sacó la llave de la cerradura y, lentamente, como si una mano invisible hubiese tocado su hombro, volteó hacia la sala de enfrente, hacia el laboratorio clausurado. El letrero de advertencia se veía más viejo y polvoriento desde allí.

Cony le pidió que se apurara y él aceleró la marcha. El pasillo maldito quedaba, por fin, sin un alma.

O, bueno, quién sabe.